

Nota Pastoral de la Conferencia Episcopal Portuguesa

Desarrollo y Solidaridad

(Traducción del original portugués: *Juan Souto Coelho – Instituto Social León XIII*)

El pasado día 26 de marzo, se cumplieron cuarenta años de la publicación de la encíclica "*Populorum Progressio*" (26.03.1967), designada la "encíclica de la Resurrección", por haber sido publicada el domingo de Pascua y por haber lanzado un rayo de luz y de esperanza, sobre los muchos millones de seres humanos que, entonces, vivían oprimidos por la miseria y el subdesarrollo. Ésta fue la primera encíclica publicada después del Concilio Vaticano II y también la primera que abordó el tema del progreso y del desarrollo de los pueblos. Fruto de la lucidez y la visión profética del papa Pablo VI, se situó en línea de continuidad del Magisterio de la Iglesia sobre la cuestión social, mostrando, sin embargo, una innovadora osadía, no sólo en relación con el tema sino también con la forma de tratarlo, con base en las enseñanzas conciliares. De ello resulta su flagrante actualidad, en nuestros días.

Veinte años después de la publicación de "*Populorum Progressio*", el papa Juan Pablo II, movido por su extraordinario celo apostólico, quiso conmemorar esa fecha, publicando la encíclica "*Sollicitudo Rei Socialis*" (30.12.1987). Con ella propuso a la Iglesia y al mundo una relectura de la encíclica del papa Pablo VI, en la cual hacía un análisis de su recepción, profundizaba en los conceptos de desarrollo y solidaridad y lanzaba la luz y la esperanza del Evangelio sobre los problemas sociales y políticos acaecidos en la escena internacional.

La Conferencia Episcopal Portuguesa, en continuidad con otros documentos publicados sobre cuestiones sociales y, concretamente, sobre estas encíclicas, decidió destacar el aniversario de su publicación, llamando la atención de los católicos y de "todos los hombres de buena voluntad" de nuestro país para la importancia y actualidad de estos dos excelentes documentos del Magisterio de la Iglesia. Por la profundidad y la claridad de sus enseñanzas, merecen ser releídos, meditados y puestos en práctica.

1. El contexto de "*Populorum Progressio*"

Cuando se publicó "*Populorum Progressio*", vivíamos la etapa de la descolonización de los pueblos. En las relaciones internacionales, predominaba el sistema económico del libre mercado, que tiende a aumentar la riqueza y el poder de los poderosos mientras mantiene en la miseria a los pobres. Las ayudas económicas de los países ricos

retrasaban la autonomía y prolongaban la dependencia de los países subdesarrollados. Era urgente invertir el ciclo del desarrollo unilateral, destructor de culturas y de seres humanos.

El papa Pablo VI comprendió profundamente la necesidad de superar los límites de la dimensión económica y política del desarrollo y subrayó su carácter ético y cultural. Propuso, como modelo, el desarrollo integral de "todos los hombres y de todo el hombre".

Por otro lado, partiendo de la noción de interdependencia mundial, amplió los horizontes de la cuestión social, cuya solución ha de encontrarse a partir del equilibrio universal, basado en la justicia y el "deber de solidaridad" entre los pueblos. Y sintetizó su pensamiento en la célebre intuición profética: "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz".

2. Veinte años después

El papa Juan Pablo II fue quien, veinte años más tarde, hizo balance de los efectos producidos por la encíclica de Pablo VI y afirmó, de forma lapidaria: los resultados fueron positivos y valió la pena el esfuerzo empleado. Más allá de las luces también había muchas sombras. Era unánimemente reconocido, que había aumentado la brecha entre los ricos y los pobres, entre el Norte y el Sur. Algunos llegaron a afirmar que el desarrollo se había estancado, debido al mal uso de los recursos económicos, tanto por el capitalismo liberal como por el colectivismo marxista. Era la época de los dos bloques políticos, más preocupados con la producción y la venta de armamento bélico que con el desarrollo de los pueblos, sujetos al régimen opresor del proteccionismo.

En nombre de una pretendida "igualdad", se recortó el derecho de iniciativa y el subdesarrollo económico pasó a ser también cultural y político. Se degradaron las condiciones de vida, creció la falta de vivienda, el desempleo y el empleo precario. En la escena internacional, crecía el número de refugiados, aumentaba el terrorismo y se ampliaban los problemas demográficos. La raíz de tan graves problemas se alimenta de las "estructuras de pecado", ancladas, a su vez, en la avidez del lucro y la sed de poder.

3. El camino a seguir

Las tintas cargadas, usadas en el análisis anterior, podrían inducir al pesimismo. Pero no es eso lo que se pretende. En palabras del papa Juan Pablo II, autor de la encíclica "*Sollicitudo Rei Socialis*", conviene ser realista en el análisis de los males, para identificar el camino a seguir y descubrir los remedios que servirán de cura para la enfermedad.

En un contexto tan complejo como el descrito, el papa Juan Pablo II identificó dos elementos fundamentales, que han de ayudar en la solución de los problemas sociales: la interdependencia y la solidaridad. Ante todo, es necesario comprender que el sistema de relaciones, en el mundo contemporáneo, sólo podrá ser correctamente entendido a partir del fenómeno de la interdependencia generalizada entre los hombres y entre las naciones. Por otro lado, en una red tan compleja de interdependencias, la clave de la solución de los problemas sólo podrá ser encontrada a partir de la determinación firme y perseverante de asumir una actitud de solidaridad, ante ellos, sean nacionales o internacionales.

El camino de la solidaridad es complejo y difícil. Pero es posible. Y la Iglesia, sin asumir la responsabilidad de la solución, que no le pertenece, da su aportación, ofreciendo "principios de reflexión, criterios de juicio y orientaciones para la acción". Y, como es obvio, privilegiando el aspecto moral sobre el tecnológico, el teológico sobre el ideológico y el anuncio evangélico sin omitir la denuncia profética.

Mientras tanto, se van haciendo visibles algunos signos de esperanza. En no pocos países se abrió paso, aunque de manera imperfecta, el desarrollo. Digno de ser señalado es el camino recorrido para la aceptación de los principios sociales propuestos por la Iglesia y los derechos humanos. Ciento noventa países reconocieron "el derecho a no ser pobre" como uno de los derechos humanos. La ciudadanía activa crece en sustitución de la lógica de la ayuda. Hay más conciencia de la dignidad humana. Se ha generalizado la preocupación por la paz. Se reconoce la necesidad de respetar la integridad y los ritmos de la naturaleza y de ahorrar los recursos naturales que son limitados. Se acepta la interdependencia radical y se practica la solidaridad.

Felizmente, hoy son muchas las personas que, contrariando los criterios del consumismo, optan por un estilo de vida más sobrio y más consecuente con la ecología. Muchos se declaran dispuestos a trabajar en pro de la reconciliación, la paz, la libertad, la solidaridad, la subsidiariedad y la justicia.

4. Una mirada hacia nuestro país

Evoquemos la parábola del rico avaro y del pobre Lázaro a la que hace referencia el papa Pablo VI en su encíclica. Ella retrata mucho de lo que acontece en nuestro país donde la pobreza afecta al 21% de la población. Se habla mucho de su erradicación. Algunos especialistas consideran posible alcanzar, al menos parcialmente, ese objetivo. Sin embargo, todavía no se ha tomado en serio ese problema.

Los síntomas parecen apuntar en sentido contrario. Pensemos en la exclusión social, en el desempleo y en el empleo precario, en la desertificación del interior, en el envejecimiento de la población, en la soledad de los mayores, en las deficiencias del sistema de salud, en el desarraigo de los inmigrantes, entre otros problemas. Todos ellos son complejos y multifacéticos que requieren ser abordados de manera integral. No pueden ser planteados apenas bajo el prisma económico, olvidando su componente humano, social y ético.

El consumismo, la globalización, la deslocalización de las empresas, la corrupción, el tráfico de personas humanas, de drogas y de influencias son fenómenos que contribuyen a ampliar la distancia entre los ricos y los pobres. Basta pensar que una pequeña minoría de la población es poseedora de la mayor parte de los recursos.

Para alcanzar un desarrollo equilibrado e integral no se puede olvidar la educación, un sector en constante degradación. Se requiere urgentemente que sea rehabilitado. Las nuevas generaciones, garantía del desarrollo futuro, precisan ser educadas en los valores humanos, cívicos y morales, soporte básico del desarrollo de los individuos y de la sociedad. Entre los valores a promover, destacamos: el valor de la vida desde su inicio hasta la muerte natural; el valor del matrimonio y la familia, célula base de una sociedad equilibrada, capaz de propiciar el desarrollo armónico e integral a las nuevas generaciones.

Finalmente, dentro del cuadro del desarrollo propiciado por la solidaridad, deseáramos subrayar la importancia del voluntariado. Ante todo, dejamos una palabra de alabanza y de aliento a muchos miles de voluntarios que, superando la concepción economicista del trabajo y de la vida, ponen a disposición su saber, sus competencias y su tiempo al servicio de las instituciones de la salud, de la solidaridad, del servicio cívico u otros, dando un sentido de valor a sus propias vidas y ayudando a miles de niños y niñas, jóvenes y mayores a superar los obstáculos del desarrollo de sus vidas.

Proponemos un desafío a todas las personas que tienen disponibilidad de tiempo y corazón generoso para que ejerciten la solidaridad, individualmente o integradas en grupos organizados o instituciones.

Si, como dijo Pablo VI, el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, la solidaridad, en palabras de Juan Pablo II, es el camino para el desarrollo.

Fátima, 19 de Abril de 2007.

